PORMIS-HUEVISM



Rotondas & mamotretos

ERIK HARLEY

ANAYA
TOURING

PORMIS-HUEVISM



Rotondas & mamotretos

ERIK HARLEY

ANAYA
TOURING



A quienes conducen.
A quienes están sacándose el carné.
A quienes descubren que una rotonda no siempre es redonda.
A quienes ven una ciudad distinta cuando la recorren al volante.
A quienes conducen por placer y a quienes lo hacen por necesidad.
A quienes se dejan el sueldo en gasolina y el alma en los atascos.
A quienes llevan un camión, un autobús, una ambulancia…
A quienes trabajan sobre ruedas, repartiendo comida y paquetes.
A quienes suben y bajan de la cabina doscientas veces al día.

A quienes andan.
A quienes van apresuradamente, casi sin mirar.
A quienes pasean, sin prisa y con cuidado.
A quienes cruzan glorietas sin pasos de cebra.
A quienes bordean descampados y sortean badenes.
A quienes bajan a la calzada porque la acera desaparece.
A quienes defienden que moverse a pie también es un derecho.

A quienes pedalean.
A quienes cruzan glorietas como quien atraviesa una pesadilla.
A quienes usan el carril bici, aunque súbitamente desaparezca.
A quienes cargan bolsas, niños, cajas o sueños sobre dos ruedas.
A quienes insisten en que otra movilidad es posible.

A quienes no pueden ir por donde quieren.
A quienes se enfrentan a escalones, bordillos, barreras.
A quienes empujan una silla de ruedas y a quienes habitan en ellas.
A quienes no piden privilegios, sino accesibilidad.

Y también a quienes hacen arte.
A quienes colocan una escultura en mitad de una rotonda.
A quienes crean obras que dialogan con la rutina.
A quienes saben esculpir con una intuición, una crítica, un silencio.

Este libro es para todas esas personas que heredaron calles que no diseñaron y, sin resignarse a dejarlas igual, se atreven a imaginar nuevas posibilidades urbanas.

17 COMUNIDADES AUTÓNOMAS

ANTES DE EMPEZAR...
ENTENDAMOS A DÓNDE VAMOS
Pág. 09

01 ANDALUCÍA
ÉPICA CON DENOMINACIÓN DE ORIGEN
Pág. 12

02 ARAGÓN
JOTAS, JAMONES Y JUSTIFICACIONES
Pág. 60

03 ASTURIES
RECETAS DE COCINA PARA PITUFOS
Pág. 68

04 CANARIAS
ISLAS EN VENTA Y PROTESTAS AL SOL
Pág. 76

05 CANTABRIA
FAROS SIN MAR ENTRE PLATILLOS VOLANTES
Pág. 94

06 CASTILLA-LA MANCHA
UN COCODRILO Y TODO TIPO DE GIGANTES
Pág. 100

07 CASTILLA Y LEÓN
SIN COMPLEJOS
Pág. 120

08 CATALUNYA
FRACTURAS, DESEOS, CICATRICES
Pág. 150

09 COMUNITAT VALENCIANA
DELIRIO ENTRE PAELLAS, PLAYAS Y BARRO
Pág. 166

Y MÁS...

10 EUSKADI
ÉRASE UNA VEZ UNA PATATA...
Pág. 192

11 EXTREMADURA
COLUMNAS, TOMATES Y OTROS CAPRICHOS
Pág. 202

12 GALIZA
PULPOS, PERCEBES Y PAPEL MOJADO
Pág. 216

13 ILLES BALEARS
DE LA INNOVACIÓN AL COLAPSO EN MEDIO SIGLO
Pág. 230

14 MADRID
ENTRE PESETAS Y MENINAS
Pág. 236

15 MURCIA
MITOLOGÍA Y METÁFORAS: CUENTAS PENDIENTES
Pág. 258

16 NAFARROA
ALEGORÍAS SOBREACTUADAS: EL ARTE DE LO NAIF
Pág. 280

17 LA RIOJA
BIENVENIDAS SEAN LAS ROTONDAS
Pág. 286

18 NACIÓN ROTONDA
EPÍLOGO COMPARTIDO
Pág. 290

ANTES DE ACABAR...
OTRA VUELTA
Pág. 298



ANTES DE EMPEZAR...

ENTENDAMOS A DÓNDE VAMOS

Hay libros que se escriben con el teclado. Este se ha escrito con el cansancio acumulado de cientos de kilómetros, con el polvo de los arcenes, con el vértigo de detenerse en lugares que nadie considera destino. Este proyecto nació de una necesidad rara: la de visitar rotondas y mamotretos para contártelo todo. No es un chiste. No es una colección de cosas feas. Es otra cosa. Es una cartografía emocional de un país que ha construido tanto y tan rápido que ha olvidado por qué lo hacía. Un país que ha confundido monumentalidad con autoestima, estética con gasto, visibilidad con sentido. Cuando empecé a contar que estaba escribiendo este libro, las reacciones eran casi siempre las mismas: sorpresa, sonrisa y sugerencia. «¿Cómo que rotondas?», «¡Qué guay! En mi pueblo hay una que flipas», «Tienes que ver la de la entrada de no sé dónde». Lo he acabado llamando la reacción de las tres eses. Y fue entonces cuando entendí que este proyecto no iba a ser solo mío. Que lo que estaba haciendo formaba parte de un imaginario colectivo, un mapa que ya existía en trocitos dispersos, esperando a que alguien recorriera toda España para unirlos. Por eso, este libro también es un agradecimiento a todas aquellas personas que, a lo largo de los años, me han escrito, etiquetado, mencionado o enviado por internet lugares insospechables, glorietas imposibles, esculturas delirantes y mamotretos olvidados. Sin esa complicidad, sin ese ojo compartido, este viaje habría sido mucho más difícil. Este libro no va solo de esculturas extrañas ni de glorietas absurdas —aunque hay mucho de ambas—.

Va de lo que revelan. Porque lo que hay en el centro de una rotonda no es un objeto decorativo: es una forma de hablar de nosotros. De nuestras prioridades, de nuestros símbolos, de nuestras contradicciones. Va de economía, de cultura, de miedo, de épica, de orgullo, de nostalgia. De política, de identidad, de paisajes que alguna vez fueron campo, y de decisiones que transformaron para siempre la manera en que habitamos y recordamos los lugares. Lo he escrito con la certeza de que una rotonda lo aguanta todo. Y lo he comprobado: folclore, monumentalidad, improvisación, deseo. Desde dinosaurios hasta pirámides. Desde santas inmobiliarias hasta frutas sobredimensionadas. Desde homenajes sinceros hasta símbolos de soberbia desmedida. Y entre medias, todo lo demás: lo que nos hace reír, lo que nos incomoda, lo que ya no está. A lo largo de estas páginas se entrelazan esculturas y mamotretos. Y digo «mamotretos» no solo para referirme a lo que hay dentro de muchas rotondas, sino a auditorios vacíos, aeropuertos sin aviones, parques temáticos del delirio y macroproyectos que ahora solo entienden las cigüeñas. Porque el Pormishuevismo —ese impulso tan nuestro de construir lo más grande, lo más visible, lo más caro— no se limita a un estilo arquitectónico. Es un estado mental. Una forma de entender el poder, el territorio y el espectáculo. Y sí, también una forma de olvido. Esta ha sido mi manera de ordenar un paisaje que a veces parece inabarcable. Un archivo subjetivo y emocional de un país que gira y gira sin saber muy bien hacia dónde. Lo he escrito desde el asfalto, pero también desde el cansancio. Desde el cariño. Desde la necesidad de decir: esto que parece anecdótico no lo es. Esto que consideramos feo forma parte de algo profundo. Porque las rotondas cuentan cosas que no figuran en los discursos oficiales. En estas páginas encontrarás piezas sin autor —N.N.—, obras sin fecha —S.F.— y nombres de provincias que quizá no esperabas ver así: Catalunya, Nafarroa, Asturies, Illes Balears, Galiza, Euskadi… No es una decisión técnica. Es simbólica. Porque si vamos a hablar de identidad, de paisaje y de memoria, qué menos que nombrar a cada lugar como se nombra a sí mismo. Ah, importante: a lo largo de este libro comprobarás que uso sin demasiado rigor los términos «rotonda» y «glorieta». Técnicamente no son lo mismo —una glorieta es una intersección circular con prioridad de paso para quienes ya circulan por ella; una rotonda puede ser solo una isleta decorativa o un elemento central sin función vial clara—, pero en el habla cotidiana solemos usarlas como sinónimos. Y aquí, sinceramente, también. Así que si alguna vez digo «rotonda» cuando debería decir «glorieta», confío en que me perdones. O, mejor aún: en que gires conmigo. Por otro lado, lamentablemente, la mayoría de los ayuntamientos que plantan mondongos con alegría no los catalogan con el mismo ahínco. Sería bonito que lo hicieran. Si algo se decide monumentalizar, también se debería asumir la responsabilidad de cuidarlo, contextualizarlo y conservarlo. Aunque solo sea para que quien venga después pueda entender por qué alguien pensó que aquello debía ocupar el centro de nuestros caminos. En este recorrido he querido rendir homenaje a quienes allanaron el terreno. En especial a los autores de *Nación Rotonda,* cuyo trabajo documental y crítico sigue siendo una referencia inevitable. Y también al filósofo Fernando Castro Flórez, que

acuñó con precisión quirúrgica el término «rotondismo» para describir este fenómeno que mezcla arte público, identidad local y un punto de desvarío. Si todo esto suena demasiado serio, que no te engañe el tono: también hay risa. Mucha. Pero no es superficial. Es una forma de defensa, de mirada crítica, de afecto retorcido hacia un país que se empeña en hacer las cosas como le da la gana. Por eso, me dirijo a ti así, de tú a tú. Ni desde arriba ni desde fuera. Sino desde el camino, girando contigo. Porque esto que vas a leer es, al fin y al cabo, un trayecto compartido. Uno que no empezó conmigo y que no terminará en estas páginas. Uno de esos que, como las mejores glorietas, no tiene principio ni fin, pero sí un centro. Aunque ese centro esté donde menos se espera: en los márgenes. En la periferia. Y justo ahí es adonde vamos. Buen viaje.

Erik Harley



Casco de obra más grande del mundo.

01 ANDALUCÍA

ÉPICA CON DENOMINACIÓN DE ORIGEN

Aquí, la glorieta es símbolo, hito, manifiesto y a veces incluso trinchera. Andalucía es el lugar donde la identidad se pone en escena, donde el paisaje urbano se funde con la exageración folclórica. Porque si algo define esta comunidad autónoma de ocho provincias es su capacidad para convertir lo anecdótico en monumento, lo absurdo en altar, lo incómodo en rutina. Dragones, elefantes, fresones, cazas de combate, botellas de vino, toros, caballos, coches y camiones. Este capítulo es un viaje por la Andalucía más literal y orgullosa. Una tierra donde cada provincia sigue su propia lógica. Almería colecciona mamotretos que desafían al Estado de Derecho. Cádiz convierte el *marketing* vinícola en iconografía monumental. Granada monumentaliza lo inesperado de forma inclasificable. Huelva nos recuerda que lo productivo también puede ser paisajístico. Jaén se mueve entre lo rural y lo distópico. Málaga te deja sin aliento —y a veces sin palabras—. Córdoba nos enseña a conducir. Y Sevilla, bueno, Sevilla simplemente es Sevilla. Las rotondas andaluzas son de récord —dos Guinness tenemos en este capítulo—. Las próximas páginas no pretenden dar respuesta a por qué pasa lo que pasa, pero sí dejar constancia de que algo sí que pasa. Y, ya que nos ponemos, mejor que pase a lo grande y con mucho arte. Si no, ¿pa qué?

ALMERÍA

SANTUARIO DEL SALIENTE

37°21'59.2"N 2°07'05.3"W
Polígono Industrial Paraje los Chorlitos km 73, 04800 Albox
Ayuntamiento de Albox, 2021

Las ciudades, pueblos y aldeas de nuestro país tienen muchas formas de contar su historia. Algunas la documentan en archivos, la preservan en sus calles o la homenajean en celebraciones y actos públicos. Y luego está Albox, que ha optado por colocar una réplica de la fachada del santuario del Saliente en una rotonda. No una maqueta, no una reinterpretación simbólica, sino un trampantojo arquitectónico que traslada el emblema religioso más importante del lugar desde su enclave en lo alto de la sierra —a más de cuatro horas a pie del municipio— hasta una rotonda frente a una nave industrial especializada en material para piscinas. El santuario del Saliente —siglo XVIII— alberga la imagen de la Virgen homónima, una talla dieciochesca de gran devoción en la provincia de Almería. La subida al santuario es, en sí misma, parte de la experiencia: un trayecto que combina el esfuerzo físico con la recompensa de la contemplación. Pero en la rotonda de Albox no requiere ascenso ni contemplación: su imagen se convierte en una anécdota visual para un trayecto sobre ruedas. Si la arquitectura tiene sentido en relación con su contexto, ¿qué ocurre cuando una fachada se extrae de un lugar y se sitúa en una rotonda? En una intersección giratoria no puede llevarse a cabo la contemplación[1]. Contemplar es un proceso mediante el cual buscamos entender, dejar que la forma, la historia y la atmósfera nos envuelvan sin prisas. Requiere detenerse, no solo físicamente, sino también mentalmente, y permitir que el entorno revele sus capas. Es la pausa necesaria para que un espacio se convierta en experiencia. No se trata solo de mirar, sino de percibir con la memoria, la intuición, la disposición a captar lo que no se dice en palabras. En la contemplación, el tiempo se dilata y el lugar se expande. No solo es ver. Se trata de comprender. No me malinterpretes, porque no me considero un purista de la estética. Todo lo contrario. Me apasiona lo insólito de las rotondas españolas y disfruto descubriendo este tipo de elementos, pero, cuando estoy en el papel de conductor, creo que en una rotonda la prioridad no debe ser interpretar el paisaje, sino anticipar movimientos, leer el tráfico y evitar accidentes. Y cuando actúo como peatón, creo que es clave identificar los coches que pueden estar a punto de arrollarme. A mi modo de ver, esta rotonda plantea un fenómeno cada vez más habitual en nuestro país: la patrimonialización escenográfica, un proceso mediante el cual los referentes se convierten en iconos de fácil digestión, diseñados para ser reconocidos. No explican el pasado, lo replican transformándolo en *souvenir* a gran escala y… ¿Qué dice esto de nosotros? ¿Que el santuario es impor-

1 // Del latín *contemplatio,* que deriva de *contemplari,* compuesto por *con-*, que indica totalidad o intensidad, y *templum,* originalmente un espacio sagrado delimitado para la observación de presagios.



Santuario del Saliente.

tante para Albox o que su imagen, su idea, pesa más que su presencia física real, más incluso que su contenido? Cuando la arquitectura se convierte en decorado y lo urbano en reproducción, aparecen espacios donde nadie puede detenerse a contemplar la historia. Quizá esta no sea la mejor manera de preservar nuestra memoria, pero sí de convertirla en algo diseñado para ser atravesado. O, peor aún, rodeado con fugacidad.

BOMBEROS

37°22'40.1"N 2°07'58.1"W
Av. 28 de Febrero, 28, 04800 Albox
Ayuntamiento de Albox, 2022

De los creadores de trasladar la fachada de un santuario a una rotonda, llega el camión de bomberos. Era cuestión de tiempo que en Albox se viniesen arriba con los símbolos locales, y así nació esta glorieta coronada por un camión real elevado sobre un pedestal de piedra con letras rojas que gritan lo obvio: *BOMBEROS*. Del alcalde que la inauguró, Francisco Torrecillas, se cuenta que saneó las cuentas del ayuntamiento y también que, al presentar esta peculiar rotonda, la definió como parte de un «pequeño museo al aire libre» con elementos representativos de su patrimonio. ¿Quizá su intención fuese que se recordase al pueblo como el primero que tuvo un camión de bomberos? Sería bonito, pero la historia contradi-



Bomberos.

ce esta idea, ya que el primero se constituyó en Madrid en 1833. Bueno, al menos es el único municipio que tiene un camión en una rotonda. ¡Ah! Pues tampoco… —págs. 38, 110—. Poner camiones de bomberos en rotondas es una práctica mucho más extendida de lo que parece. Aquí no hay metáforas, ni referencias estilizadas ni reinterpretaciones urbanas. Se ha optado por la literalidad absoluta: un camión de bomberos, auténtico, entero y rojo, elevado como si el tráfico estuviera en llamas y necesitara ser sofocado desde las alturas. Esta tendencia a monumentalizar lo cotidiano me parece entrañable, pero… ¿Son las rotondas el lugar idóneo para fijar la identidad de un pueblo? ¿Hasta qué punto son capaces de absorber todo lo que pongamos en ellas? Coches, camiones, tractores, trenes… ¿Cuál es el límite? O… ¿Existe un límite? No se homenajea un concepto, sino un objeto, una herramienta, un vehículo que, en su día, apagó incendios y ahora, retirado del servicio, sigue en la calle, inmóvil, en una última misión simbólica. ¿Ser una pieza de museo? ¿Un guiño cotidiano a la historia del cuerpo de bomberos local? ¿Una broma de mal gusto hecha con la mejor de las intenciones? Posiblemente, todo a la vez.

BARCO FENICIO

36°44'50.4"N 3°01'39.7"W
C. Fábricas, 44, 04770 Adra
Escuela Taller José Oliva, 2010

¿Te imaginas pasar frente a este *Barco Fenicio* y decir: «Eso lo he hecho yo, con mis propias manos»? Pues eso es exactamente lo que hacen algunos alumnos de la Escuela Taller José Oliva de Adra cuando pasan por esta rotonda. ¿Eran marineros? ¿Carpinteros de ribera? ¿Expertos

en comercio fenicio? ¡Nada de eso! Jóvenes en formación que, en apenas dos meses, levantaron este homenaje a los navegantes púnicos. Con 7 metros de eslora, una vela de 6 metros de alto y decorado con una cabeza de caballo y cola de pez —símbolos recurrentes en la iconografía fenicia—, este barco metálico pretende recordar los origenes comerciales de Adra. Un guiño al pasado que ha acabado en el centro del tráfico rodado, porque, si algo nos gusta en España, es convertir la historia en rotondas. Pero más allá de su estética naval, este barco flota en aguas curiosas. Se calcula que su coste en el mercado habría salido por un pico, pero la factura fue mucho más barata porque lo hicieron alumnos. ¿Un homenaje a los comerciantes fenicios construido con trabajo precario? ¿El placer de realizar algo por tu pueblo en un proceso de formación? Es difícil saber si el ayuntamiento quería que la historia cobrara vida o si esto es una recreación histórica involuntaria del concepto de explotación laboral.

No digo que este sea el caso, pero a veces la historia no solo se reproduce en monumentos o rotondas. También en la manera en que la celebramos. Al final, este barco es un homenaje a los fenicios, sí. Pero también a otra tradición muy arraigada: hacer que el trabajo barato sostenga los grandes relatos.



Barco Fenicio.



El mortero más grande del mundo.

EL MORTERO MÁS GRANDE DEL MUNDO

37°20'08.0"N 2°18'05.6"W
Cruce AL-8411 con Av. Paco Cosentino, 04867 Macael
Ayuntamiento de Macael, 2015

A partir de la segunda mitad del siglo xx, artistas pop como Claes Oldenburg o Coosje van Bruggen han explorado el potencial del maximalismo cotidiano, transformando objetos domésticos en esculturas gigantes para resaltar su importancia en la cultura popular. Unas tijeras, unas cerillas… Objetos anodinos que, al ser ampliados a escala desproporcionada, adquieren una presencia monumental y un nuevo significado. Macael —cuyo mármol ha sido utilizado en fuentes, columnas y pavimentos emblemáticos; desde la Alhambra de Granada hasta el monasterio del Escorial— es un pueblo que ha entendido esta lógica a la perfección: si el mármol es tu sello de identidad y los morteros tu emblema artesanal, ¿por qué no hacer el mortero más grande del mundo y colocarlo en una rotonda? Dicho y hecho. Con más de 3 metros de altura y casi 6 toneladas de peso, esta monumental pieza de mármol blanco preside una intersección con la solemnidad de quien sabe que ha batido un récord Guinness. *El Mortero más Grande del Mundo.* Un cartel cercano lo certifica con orgullo. Lo cual me

parece divertidísimo. Además, no se han conformado con el tamaño: han construido una plataforma elevada para observar desde la acera —una suerte de pequeño mirador que recuerda sospechosamente a una parada de autobús— que te invita a admirar el descomunal utensilio culinario. En la cocina, el mortero es símbolo de paciencia y precisión; en la rotonda, su gigantismo lo convierte en algo más cercano a un trofeo temático. ¿Es este el mejor uso de la escala en el espacio público? No soy yo quién para juzgarlo. La Historia del Arte nos ha enseñado que la escala altera la percepción, que el cambio de tamaño transforma el significado de los objetos. Lo cotidiano se vuelve extraño, lo funcional se convierte en símbolo. Y Macael no ha hecho solo un mortero gigante, ha convertido una herramienta de triturar en una imagen icónica, un gesto que dialoga con la tradición escultórica contemporánea y, al mismo tiempo, se esfuerza en gritar algo muy pormishuevista: «Más es mejor». Si los artistas del Pop Art ampliaron el tamaño de los objetos para buscar la belleza en lo banal, en España hemos encontrado en las rotondas una forma de representación identitaria. Y es que no hay nada más español que quererlo más grande, más alto, más caro, más… Lo que sea.

“Si los artistas del **Pop Art** *ampliaron el tamaño de los objetos para buscar la belleza en lo banal, en España hemos encontrado en las rotondas una forma de representación identitaria.*

HOTEL ALGARROBICO

37°01’39.9”N 1°52’48.9”W
Playa del Algarrobico, 04149 Carboneras
Azata del Sol, 2003 (sin finalizar)

Si el Pormishuevismo tuviera que presentarse con un único mamotreto, podría ser este. Hay hoteles ilegales en España, pero solo uno ha alcanzado la categoría de icono pop de la ilegalidad urbanística. A escasos 50 metros del mar, en plena costa de Almería, se alza un gigantesco hotel de veintiuna plantas y 411 habitaciones, construido en las inmediaciones del Cabo de Gata-Níjar, parque natural protegido, reserva de la biosfera, zona de especial protección para las aves e Interés Mediterráneo. Un hotel que nunca abrió sus puertas pero que ha conseguido lo imposible: seguir en pie décadas después de ser declarado ilegal y acumular decenas de sentencias de demolición. Pero antes de hablar de la pesadilla jurídica en la que está atrapado, pongamos en contexto este ecocidio: a finales de los noventa, Cristóbal Fernández, alcalde de Carboneras durante veintiocho años, tuvo una visión: convertir su pueblo en un destino turístico de lujo. Para ello, respaldó un megaproyecto impulsado por la promotora Azata del Sol que incluía siete hoteles, mil quinientas viviendas de lujo, varias piscinas, un campo de golf y un número indeterminado de tumbonas. Todo lo que un empresario del *boom* inmobiliario podría desear. El problema es que el terreno elegido no se podía tocar. Porque, aunque la playa del Algarrobico no había sido protegida en 1987, cuando se creó el Parque Natural del Cabo de Gata-Níjar, en 1994 se incluyó dentro de la zona protegida. Además de que la Ley de Costas impide construir a menos de 100 metros del mar desde 1988. La respuesta de Fernández ante estos pequeños obstáculos fue: recalificar los terrenos para hacerlos urbanizables, saltarse la Ley de Costas, otorgar la licencia con una exención fiscal

PORMIS-HUEVISMO
El Algarrobico: Cadáveres de hormigón, RTVE.

del 99% y celebrar que la Junta de Andalucía contribuyese con casi tres millones de euros públicos a construir el hotel. Todo perfectamente legal —guiño, guiño—. Las obras comenzaron en 2003, pero en 2005 llegó la sorpresa: los tribunales paralizaron la construcción al considerar que era ilegal. Y ahí empezó la batalla más absurda de la historia reciente del urbanismo español. Desde entonces, este hotel fantasma ha protagonizado un ciclo infinito de sentencias, recursos, apelaciones y decisiones contradictorias. Dando vueltas una y otra vez a lo mismo. Atrapando al *Algarrobico* en una auténtica rotonda judicial. Mientras tanto, el hotel sigue encima de esta playa, esperando a que alguien se decida a demolerlo[2]. La promotora exige una indemnización millonaria y las administraciones implicadas siguen pasando la pelota de un lado a otro alimentando el relato de este monumento a la inseguridad jurídica, a la prepotencia urbanística, a la voluntad de alargar un problema hasta el infinito y a la incapacidad de entender que destruir la naturaleza no es ni la única ni la mejor manera de generar riqueza. Porque en España, cuando algo es ilegal, se pelea. Se recurre. Se apela. Se pide una indemnización. Se negocia. Ay… Cuando lo que nunca debería haber existido se convierte en realidad por el simple hecho de resistir al tiempo se manda un mensaje muy equivocado a las próximas generaciones sobre cómo articulamos el territorio, construimos el presente y cimentamos nuestro futuro. Pero qué sabré yo… Que llevo años recorriendo nuestro país, documentando las desgracias que acumulamos y constatando, cada vez que paso por esta provincia, que el *Algarrobico* sigue intacto, esperando su destino. Quizá algún día lo derriben. O quizá, cuando nos demos cuenta, estará operando con licencia hotelera convertido en patrimonio nacional con el argumento de que se trata de lo segundo más famoso de Almería, después de David Bisbal. Con la única diferencia de que Bisbal nunca destrozó un paraje natural, solo el corazón de Chenoa.

CÁDIZ

A LA LIBERTAD DE EXPRESIÓN

36°32'03.8"N 6°17'33.0"W
Glorieta de los Periodistas, 11006 Cádiz
Luis Quintero, 2007-2009

Curiosamente, en una ciudad donde el Carnaval es el máximo exponente de la crítica social, hay un monumento a la libertad de expresión que tiene forma de candado. Pero nada es como parece. Porque… Sí, en Cádiz, ciudad con una rica tradición periodística, se erige el monumento *A la Libertad de Expresión,* una obra del escultor Luis Quintero que representa un candado abierto con una pluma estilográfica como

2 // En febrero de 2025, el Gobierno de España anunció su intención definitiva de expropiar el hotel de El Algarrobico para proceder a su demolición. Sin embargo, en el momento de mandar a imprenta este libro, dicha demolición no se ha llevado a cabo.

Hotel Algarrobico.



A la libertad de expresión.

llave que simboliza el poder y la importancia que tiene la libertad de prensa en una sociedad democrática. Sin embargo, su historia es un reflejo de cómo las buenas intenciones pueden quedarse a medias. Originalmente, la escultura fue concebida en 2007 para presidir la entrada de la Casa del Periodista, una residencia destinada a acoger a reporteros perseguidos de todo el mundo. Este proyecto, promovido por la Asociación de la Prensa de Cádiz, se planteó inicialmente en Chiclana de la Frontera. Sin embargo, tras un cambio de color político en la administración municipal —de rojo a azul—, la iniciativa fue desechada y en 2009 la escultura encontró su ubicación final en Cádiz sin

la ambiciosa residencia que debía acompañarla. Así, lo que se presentó como la bienvenida a un refugio tangible para periodistas de todo el mundo se transformó en un símbolo estático en una rotonda. Una metáfora, quizás involuntaria, de cómo las buenas intenciones pueden quedar atrapadas en virajes políticos y convertirse en elementos que adornan nuestras ciudades pero que carecen de la acción concreta a la que inicialmente aspiraron. Esta rotonda nos invita a reflexionar sobre la diferencia entre proclamar valores y llevarlos a la práctica. La libertad de expresión no debería ser solo un concepto abstracto representado en una escultura, sino una realidad palpable que se defiende y promueve activamente. De lo contrario, corremos el riesgo de que nuestras ciudades se llenen de sueños vacíos que nos recuerden lo que pudo ser y no ha sido. Quizá porque, en el fondo, la libertad es algo tan frágil como poderoso, tan difícil de definir como importante de garantizar. Porque, tal y como escribió el cineasta brasileño Jorge Furtado: «Libertad es una palabra que el sueño humano alimenta, no hay nadie que la explique y nadie que no la entienda».

Esta rotonda nos invita a reflexionar sobre la diferencia entre proclamar valores y llevarlos a la práctica.

GLORIETA DE LAS AMÉRICAS

36°35'38.9"N 6°13'20.3"W
N-IVA, 654, 11500 Puerto de Santa María
Luis M. Coín Cuenca, 1992

En El Puerto de Santa María, una ciudad con una profunda conexión marítima, se erige una réplica de la carabela La Niña en una rotonda cercana al centro comercial Bahía Mar. Esta embarcación fue construida en 1992 con motivo de la Expo 92[3], en conmemoración del V Centenario de la primera expedición transatlántica de Cristóbal Colón. Fuertes declaraciones. Bajo la dirección del profesor Luis M. Coín Cuenca, estudiantes y artesanos de la Escuela de Náutica de la Universidad de Cádiz la construyeron siguiendo técnicas históricas del siglo xv. Y, para demostrar su fidelidad a las originales, La Niña no se quedó solo en los astilleros: cruzó el Atlántico siguiendo la misma ruta de 1492, replicando las condiciones y desafíos de aquel viaje que, en los libros de historia, aparece como un hito de la navegación pero que también marcó el inicio de la violencia colonial, la esclavización de poblaciones indígenas y la explotación de territorios que aún hoy lidian con las consecuencias de aquel «descubrimiento». Pero su odisea no terminó ahí. Tras años en el puerto comercial de la ciudad, en 2005 fue trasladada a su ubicación actual, la *Glorieta de las Américas*. La operación, que requirió grúas y maniobras nocturnas, se enmarcó en un plan de embellecimiento de la zona. Sin embargo, lo que debía ser un homenaje marítimo terminó siendo un naufragio simbólico. La Niña, situada en una intersección vial, frente a una cadena de comida rápida y una gasolinera, ha quedado descontextualizada, sin mástiles ni velas,

3 // Encontrarás la historia completa de Expo 92 en el libro *Pormishuevismo. Rutas por la España del ladrillo,* de Erik Harley, publicado por Anaya Touring en 2023.



Glorieta de las Américas.

más cercana a una escultura olvidada que a un recordatorio de las complejidades de aquel primer viaje transatlántico. ¿El resultado? Otro ejemplo de memoria diluida entre el tráfico, un símbolo del pasado reducido a una postal sin contexto —ni reflexión poscolonialista—. Así, una embarcación que cambió el rumbo de la historia ha acabado varada en una rotonda. Un destino que, a decir verdad, es muy ilustrativo.

MANADA DE TOROS

36°37'47.3"N 6°11'55.2"W
N-IV / CA-31,
11500 El Puerto de Santa María
N.N., 2005

TÍO PEPE

36°42'22.4"N 6°06'59.7"W
Av. Tío Pepe / Av. Pdte. Adolfo Suárez,
11407 Jerez de la Frontera
Chiqui Díaz, 2014

En El Puerto de Santa María, ocho toros de Osborne galopan en círculo en una glorieta como si acabaran de escapar de una valla publicitaria y no supieran muy bien hacia dónde ir. Se dice que es la mayor



Tío Pepe.



Caballitos de Colores.



Manada de Toros.

concentración de toros de Osborne del mundo. No parece casualidad: aquí está la sede histórica de Bodegas Osborne y aquí lo que fue en su día un simple cartel de carretera diseñado por Manolo Prieto en 1956 para anunciar el brandi Veterano que se ha multiplicado hasta adquirir presencia de monumento. A pocos kilómetros, en Jerez de la Frontera, el *Tío Pepe* también ha saltado del cartel a la rotonda. En 2014, la empresa González Byass financió una escultura de 9 metros de altura, firmada por Chiqui Díaz, que reproduce su icónica botella con chaquetilla roja, sombrero y guitarra. El diseño original, creado por Luis Pérez Solero en 1935, se convierte aquí en un tótem brillante de acero inoxidable. Un despliegue de *branding* convertido en escultura pública. Ambas piezas comparten algo más que el vino: son un caso perfecto de cómo un logotipo puede trascender su función original y convertirse en paisaje, en monumento y, finalmente, en memoria. Una publicidad que ya no vende un producto, sino una idea de pertenencia, una denominación de origen convertida en estatua. En los años ochenta, los toros de Osborne estuvieron a punto de desaparecer tras un cambio legal que prohibía la publicidad en carretera. Pero en 1994 fueron protegidos como Patrimonio Cultural y Artístico de los Pueblos de España. El *Tío Pepe* no necesitó rescate: nació ya como escultura monumental, con vocación de icono urbano desde el primer minuto. Puede que Cádiz sea la única provincia donde el *marketing* ha alcanzado tal densidad simbólica como para instalarse en las rotondas con la solemnidad de una escultura ecuestre. ¿Es esto una genialidad del diseño? ¿Una glorificación del producto? Lo que nació como una simple estrategia publicitaria ha terminado colonizando el paisaje, transformando lo que antes era un reclamo comercial en un símbolo cultural. Así, lo que un día promocionó alcohol hoy es parte del imaginario colectivo. Si algo nos demuestran estas glorietas es que cuando una imagen se repite lo suficiente, deja de ser mensaje para convertirse en lugar.

CABALLITOS DE COLORES

36°41'46.0"N 6°07'14.0"W
Paseo de Sementales / Av. de la Feria, 11405 Jerez de la Frontera
Abel Justo Olivera, 2002

Jerez también es caballo. Y si el Tío Pepe tiene su monumento, no podía faltar uno a la otra gran seña de identidad de la ciudad. Al final de la avenida Europa, la rotonda de los *Caballitos de Colores* despliega su peculiar homenaje a la tradición ecuestre jerezana: un grupo de esculturas en colores vibrantes parece más salido de una tómbola de feria que de la Real Escuela Andaluza del Arte Ecuestre. Obra del artista uruguayo Abel Justo Olivera, esta composición fue inaugurada en 2002 con motivo de la Feria del Caballo. Aunque el planteamiento es claro —rendir tributo al mundo ecuestre de Jerez—, el resultado no ha sido precisamente unánime. Para algunos, es un guiño festivo y contemporáneo. Para otros, una visión algo descontextualizada de lo que

el caballo representa en la ciudad. Y luego está el fenómeno paralelo que nadie vio venir: los robos etílicos. Porque no faltan historias de jerezanos que tras una noche bien regada en la feria han intentado llevarse un caballito de recuerdo. No existen datos oficiales —por razones obvias—, pero hay evidencias y mucha habladuría. Quizá eso explique que solo queden siete de las once esculturas originales y la extraña presencia de un caballo en el ático de un edificio de la calle Ágave. A saber en qué circunstancias subió hasta allí el pobre. Así, la rotonda de los *Caballitos de Colores* queda como un curioso cruce entre arte urbano, homenaje cultural y anécdotas de borrachera. Un recordatorio de que en Jerez el caballo y el vino son inseparables, aunque no siempre acaben en el mismo sitio.

MUÑECO MICHELIN

36°42'00.9"N 6°05'48.9"W
Av. la Granja / Carretera Jerez-Guadalcacín, 11405 Jerez de la Frontera
Gonzalo Martín, 2008

Pocas cosas en este libro me hacen tanta ilusión como esta rotonda. Porque hay algo inexplicablemente maravilloso en ver a Bibendum, el *Muñeco Michelin,* presidiendo una glorieta como si estuviera bendiciendo el tráfico con su panza de neumáticos. ¿Un símbolo del automovilismo? ¿Un recordatorio de que hay que cambiar las ruedas antes de que sea demasiado tarde? No lo sé. Pero que esté aquí es, como mínimo, un caso digno de estudio. Porque este monumento no nació del amor, sino de la deuda. Allá por 2008, el Ayuntamiento de Jerez debía dinero a Michelin. La empresa francesa había invertido 300.000 euros en un parque del motor que nunca llegó a materializarse, y, como compensación a la deuda contraída, se decidió que el muñeco tendría su propia rotonda. Un trato que, visto con perspectiva, es oro puro: oye, que no te podemos pagar, pero te ponemos un Bibendum tamaño XL en la entrada de la ciudad. Y Michelin dijo que sí. Desde entonces, esta escultura realizada por Gonzalo Martín —quien dio forma a cada uno de los bloques de poliestireno que configuran la emblemática figura— ha sobrevivido a restauraciones, reubicaciones y una década de pactos renovados hasta convertirse en una de las rotondas más icónicas de Jerez. Su presencia es tan absurda como hipnótica: ahí está, con su sonrisa inmutable, observando el tráfico con serenidad publicitaria sin que nadie se plantee su origen exacto. Y por si esto no fuera suficiente, no es la única escultura de Michelin en España. Porque si un muñeco hecho de neumáticos puede acabar en una rotonda, ¿por qué no iba a tener una hermana murciana? —pág. 247—. ¿O un primo vallisoletano? —pág. 145—. Así que ahí lo tienes: un monumento nacido de una deuda, convertido en icono y adoptado por la ciudad con la naturalidad con que uno acepta que un monigote de casi 7 metros de altura, por alguna razón, forme parte de nuestra vida. Parece que las rotondas tienen la capacidad de conseguir que lo absurdo, si dura suficiente, devenga en paisaje.

Muñeco Michelín.

A ROCÍO JURADO

36°44'37.1"N 6°25'48.6"W
Av. Rocío Jurado, 60, 11550 Chipiona
Juan de Ávalos, 1994

Llegando a Chipiona en enero de 2025, no pude evitar poner *Como una ola* a todo volumen. Si hay un lugar donde esta canción cobra más sentido que nunca, es aquí, en el pueblo de «La más grande». Y no es solo una sensación: en la entrada del puerto de Chipiona, con el Parque Nacional de Doñana como telón de fondo, se alza su estatua de 2,40 metros, donada por la propia Rocío Jurado tras recibirla como regalo del escultor Juan de Ávalos. Inaugurada el 19 de agosto de 1994, la escultura se erige sobre una fuente en una rotonda que lleva su nombre en forma de setos. Y en mitad de ese momento, mientras la música llenaba el coche, los transeúntes me miraban raro y la estatua de Rocío se alzaba imponente, se me ocurrió hacer mi propia versión. Una reinterpretación para el libro que tienes entre tus manos. Afina la voz, sube el volumen y canta conmigo. Porque si algo nos enseñó Rocío, es que a la vida hay que entregarse con pasión.

Como una obra

Grabé tu nombre en cemento,
me hice por ti arquitecto,
para cubrir de ladrillos
el azul del firmamento.

Fui tan feliz en los barrios,
fui tan feliz en el centro,
que encerré cada plaza
entre muros de cortén.

Como una obra, tu amor llegó a mi vida,
como una obra, de acero y de vigas,
de hormigón blanco y reflejo de farolas.
Como una obra…

Y me dejé llevar por los terrenos,
por licencias y falsos sentimientos.
Como una obra, el gasto creció…
Como una obra…

Puse allí una rotonda
a mi propia conveniencia,
y la regué con dinero
de dudosa procedencia.